

## Capítulo 590 La Muerte de Asgard: Parte VIII

Mientras Abaddon corría hacia Poseidón con un solo objetivo en mente, varios olímpicos corrieron a su encuentro.

Liderados por Atenea, estaban Artemisa, Apolo, Hefesto, Hermes, Hestia e incluso Dioniso.

Como el objetivo era terminar rápidamente, naturalmente Hermes corrió hacia adelante con la intención de asestar el primer golpe y ganar tiempo para que los demás prepararan su plan.

En una mano, el dios de los viajes sostenía un bastón adornado con dos serpientes vivas enrolladas alrededor de la parte superior.

Moviéndose tan rápido, que el mundo prácticamente se detenía, Hermes giró su arma hacia la cabeza de Abaddon, como si fuera un bate de béisbol; con el objetivo de arruinar su incomparable apariencia.

Sin embargo, en el momento en el que pensó que había superado al dios dragón en términos de velocidad, Abaddon de repente comenzó a moverse más rápido, pero Hermes no estaba en posición de detener su impulso.

Abaddon abrió la boca de forma imposible y reveló una boca llena de dientes afilados como navajas.

Atrapó el bastón con su boca y mordió tanto el metal como las serpientes.

Mientras la sangre animal y los fragmentos de metal llenaban su boca, Abaddon extendió ambas manos y usó una para agarrar a Hermes por el cuello y la otra para arrancar los restos del bastón de las manos de Hermes.

Abaddon tomó el poste de metal roto y lo clavó en la parte inferior de la mandíbula de Hermes, empalándole el cráneo.

\* \* \*

Hades: "Eso es uno menos... Aún tenemos tiempo de detener esto-"

Poseidón / Zeus: "Silencio, hermano."

Además de los tres dioses, el dios egipcio Thoth observaba de cerca cada movimiento de Abaddon.



Dicen que conocer a tu enemigo es la mitad de la batalla, y el dios con cabeza de ibis estaba preparado para absorber todo el conocimiento que pudiera para superar esta batalla lo más rápido posible, con una estrategia perfecta.

\* \* \*

Abaddon arrojó a Hermes sobre su hombro, como si fuera una lata de refresco vacía, justo cuando Atenea volaba hacia él con un escudo y una espada en sus manos.

"¡Muere, dragón!"

La visión de su nuevo ligamento mecánico le recordó rápidamente a Abaddon que tal vez este enemigo no era suyo para matarlo.

Echó el puño hacia atrás y lanzó un puñetazo que contenía tanta velocidad y potencia, que sonó como si un cañón hubiera disparado.

Atenea levantó su escudo para protegerse del golpe, pero en ese momento la fuerza física de Abaddon estaba cerca de su original, debido a todos los enemigos en el campo de batalla.

Lo que significaba que simplemente bloquear era casi lo mismo que no hacer nada en absoluto.

Una vez que Abaddon golpeó su brillante escudo de bronce en el centro, todo el disco de metal se hizo añicos como el cristal.

El cuerpo de Atenea se dobló hacia adentro horriblemente, y fue catapultada hacia atrás como un cohete.

Rodó hasta los pies de su padre y sus tíos, y Zeus inmediatamente se agachó para ver cómo estaba, mientras Hades sacudía la cabeza lastimosamente.

"Dos..."

"¡SILENCIO, HERMANO!"

Mientras tanto, Abaddon escuchó el familiar sonido de la cuerda de un arco y se puso inmediatamente en guardia.

Al mirar hacia arriba, encontró a Artemisa, montada en un caballo plateado azulado, y a su hermano Apolo, montado en un carro en llamas.

Ambos estaban inmóviles en el aire y tensando los arcos más grandes que Abaddon había visto jamás.

Las flechas que disparaban eran únicas para cada hermano.



Las flechas de Artemisa eran de un azul brillante y parecían estar hechas de la brillante luz de la luna.

Aunque solo disparaba una flecha a la vez, una vez que las disparaba, de repente había miles de flechas brillantes cayendo del cielo, como estrellas fugaces.

Por otro lado, las flechas de Apolo eran enormes.

Antes de ser disparadas parecían normales, pero al liberarlas del arco crecieron hasta tener el largo y el ancho de postes telefónicos y ardían como soles en miniatura.

Con ambos disparándole rápidamente y sin descanso, parecía como si el cielo se le cayera encima.

Abaddon empezó a moverse, pero en el último momento un excedente de enredaderas verdes y espinosas brotaron del suelo a sus pies.

Las enredaderas envolvieron su cuerpo y cortaron su carne a pesar de su densidad.

Abaddon olió un dulce aroma a fruta y sintió una sensación de escozor filtrándose en sus cortes.

A través de una visión molesta, vio a un dios de aspecto afeminado y cabello largo arrodillado en el suelo.

Sus dedos estaban enterrados en la tierra y parecía estar... ¿cantando?

Dioniso casi cae de bruces, pero cuando se encontró con la mirada de Abaddon, pudo permanecer de pie y se concentró en sostener a Abaddon tan fuerte como pudo.

"¡ESTÁ LUCHANDO, HAZLO AHORA!"

Las flechas disparadas por los arqueros gemelos llovieron sobre Abaddon como granizo.

Algunas puntas de flecha se rompieron contra su piel, pero otras, que pudieron haber tenido mayor impulso, perforaron su carne y se clavaron profundamente en su cuerpo.

Una gran flecha atravesó a Abaddon en el estómago, y prendió fuego a todo su ser.

Mientras ardía, Hestia y Hefesto avivaron el poder de sus llamas con su propia divinidad; creando un calor que podría derretir incluso las escamas de un dragón.



Pero todo esto no fue más que una gran distracción, como Abaddon pronto descubriría.

Hubo un destello cegador, de lo que parecía la luz del sol, antes de que una mujer apareciera frente a él en una explosión de llamas.

Ella era quizás la diosa más bonita entre las presentes hoy, y la que plantearía el mayor problema.

Con una piel de jade impecable envuelta en túnicas escarlatas, su largo cabello negro se incendió y se convirtió en un color plateado brillante, tan brillante como el sol.

Sus ojos ardían de un color naranja brillante, mientras su cuerpo quedaba envuelto en calor, y levantó el arma en su mano muy por encima de su cabeza.

Fue algo hermoso y siniestro.

Una katana de aproximadamente un metro y medio de largo, con grabados dedicados a lo largo de la hoja, que parecían las escamas de un dragón.

Abaddon nunca había visto antes el legendario Kusanagi-no-Tsurugi, pero incluso él fue capaz de reconocerlo.

Sin embargo, no le sorprendió en absoluto su aparición.

Si los dioses iban a intentar derribarlo, tenía todo el sentido que trajeran al menos esto.

Amaterasu gritó mientras bajaba el arma sobre el hombro de Abaddon y cortaba en diagonal a lo largo de su torso.

Sin embargo, una vez que la espada alcanzó su abdomen, la diosa del sol de repente no pudo arrastrarla más; casi como si se hubiera quedado atascada.

Amaterasu y todos los dioses que estaban a su lado inmediatamente parecieron horrorizados.

Su miedo sólo se multiplicó cuando Abaddon literalmente absorbió la espada en su cuerpo, como si fuera un material inorgánico.

"Mi hija me dijo que era una tontería usar la espada para reforjarme... '¿Quién desperdiciaría un arma tan incomparable en algo así?' Dijo... Tendré que contarle todo esto más tarde".

De repente, se produjo una expulsión masiva de energía, que aplastó instantáneamente el entorno áspero y rocoso.

El aumento de poder que sufrió no fue significativo, pero fue suficiente para sentirse un poco más él mismo.



La capacidad mágica de Abaddon había recibido una carga inmediata del 25%, y todo cansancio anterior pareció desvanecerse en la oscuridad.

Cuando su largo cabello rojo volvió a crecer por completo, Amaterasu finalmente retrocedió ansiosamente, como si se hubiera dado cuenta de que había cometido un inmenso error.

—Ah... Extrañé mucho la magia. Parece que realmente no sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos, ¿no? —El tono de Abaddon era suave, y su sonrisa era amistosa, pero no había ninguna deidad presente que se sintiera tranquila con esas cosas.

Abaddon arrancó las enredaderas que lo sujetaban y arrancó todas las flechas que lo habían atravesado.

Una vez que su cuerpo quedó libre y sin trabas, le dio unas palmaditas rápidas a su ropa, como para comprobar y asegurarse de que todavía estaba decente.

Cuando encontró el nuevo excedente de agujeros dentro del cinturón que le había regalado Deméter, sintió más dolor que el que sintió al ser apuñalado.

El blanco de sus ojos recuperó su color negro y sus ojos ardieron con un nuevo resentimiento.

"Como dije, Asgard muere hoy. Y este lugar que pronto será olvidado se convertirá en tu tumba".

Levantando sus manos, Abaddon comenzó a lanzar dos hechizos.

El primero fue de su propia invención, un conjunto de trece artes que utilizaban tanto la magia como las artes marciales.

"El arte divino del verdadero demonio: seis pasos para someter la creación".

El segundo hechizo en realidad provenía de una serie que le habían enseñado, cortesía de su hábil pero bien intencionada suegra Karliah.

"Magia némesis existencial: inestabilidad maléfica".

Abaddon dio un paso adelante y la presión dentro de Asgard se multiplicó 100 veces.

Los dioses más débiles, que no pudieron soportarlo, cayeron de bruces al instante, mientras que los más fuertes entre ellos se encorvaron.

Sin embargo, aquí fue donde el segundo hechizo de Abaddon hizo efecto.

Cada vez que una persona caía al suelo, la fuerza repentina no sólo lo rompía, sino que su mero peso hacía que los átomos que lo formaban colapsaran sobre sí mismos.





Debido a esto, cientos de miles de pequeños agujeros negros se abrieron repentinamente dentro del mundo y comenzaron a atraer materia y aplastarla hasta convertirla en nada.

Cuando Abaddon dio otro paso, la presión se multiplicó nuevamente y el número de agujeros negros saltó a unos pocos millones.

Thoth estaba casi de rodillas, mientras luchaba por no tocar el suelo, y su mente trabajaba incansablemente para intentar pensar en una solución.

Por más que buscaba una respuesta, no podía pasar por alto el hecho de que no parecía haber ninguna.

Estos agujeros negros seguirían devorando materia y creciendo y creciendo hasta tragarse todo Asgard.

Y con cada soldado cayendo al suelo, creando un nuevo agujero negro, este proceso iba a ocurrir aún más rápido.

—¡Zeus! ¡Ordena la retirada! —gritó Thoth, mientras Abaddon daba su tercer paso.

"¡No hace falta que me lo digas dos veces, carajo..!" Hades desapareció inmediatamente en una nube de niebla negra y dejó a todos los dioses atrás.

Zeus apretó los dientes con tanta fuerza que los rompió.

¡No quería huir como una bestia herida!

Él era el rey del Olimpo y el gobernante más poderoso de los dioses; ¡la rendición iba en contra de cada hueso de su cuerpo!

Pero cuando vio que Abaddon levantaba la pierna para dar otro paso, su farol finalmente fue descubierto.

"¡TODAS LAS FUERZAS RETROCEDAN! ¡RETROCEDAN-"

Apareciendo en una ráfaga de viento, Abaddon agarró a Zeus y Poseidón por los rostros y sostuvo a los dos sobre su cabeza.

"No me importa si la chusma huye de mi ira, ¡pero ustedes dos son los únicos a quienes no permitiré escapar de ninguna manera...!"

